

LOS COMIENZOS ANABAPTISTAS EN ZURICH

Introducción

Fuentes: Zieglschmid, *Chronik*, pág. 42 y ss; Fast, *Linker Flügel*, pág. 3 y ss.

El relato siguiente¹, en su forma escrita, proviene de la crónica de las congregaciones huterianas moravas y puede haber sido escrito alrededor de 1565. Sin embargo, su contenido no debe haber cambiado mucho desde los comienzos del movimiento anabaptista en el Tirol y, después, en Moravia. Constituye el documento más representativo del concepto que los "hermanos" tenían de los orígenes de su movimiento, y nos brinda el único relato del primer bautismo. Jorge Cajakob (Blaurock), participante en aquellos acontecimientos, fue uno de los padres del anabaptismo en el Tirol; probablemente fueron sus recuerdos personales lo que sirvió de base para este resumen. El relato expone no solamente los acontecimientos mismos sino también el juicio de los anabaptistas sobre la Reforma oficial.

INICIACIÓN DEL MOVIMIENTO ANABAPTISTA EN ZURICH

...En esa decadencia maduró el absceso de la corte romana. Pero a través de Martín Lutero, un monje agustino, se hizo público y llegó a

conocimiento de todos. En Wittemberg, en el año XXXII del reino del emperador Maximiliano I, aquél comenzó a alertar a la gente con su prédica y también por medio de escritos, para que se guardaran de aquel mercantilismo y de todos los demás engaños de Babilonia. Por eso el Papa no tardó en ordenarle que se presentara en Roma. Pero [Lutero] se presentó ante el legado papal en Augsburgo, en la Dieta del Imperio, y le expuso su opinión por escrito. Como no se le diera una respuesta inmediata regresó a su ciudad, por consejo de sus protectores.

Mas por la época en que murió el emperador Maximiliano, el 12 de enero de 1519, y Carlos —el quinto de ese nombre— fue elegido Emperador, apareció también Ulrico Zuinglio en Zurich, Suiza, para atacar al papado y para predicar y escribir contra la abominación de la Babilonia, la depravada ramera.

Ambos —Lutero y Zuinglio— denunciaron y sacaron a luz toda la alevosía y la bribonada de la santidad papista, como si quisieran echar todo por tierra con rayos. Empero, no ofrecieron nada mejor a cambio: no bien se apoyaron en el poder temporal y se remitieron a la ayuda humana les ocurrió lo mismo que a quien remienda un viejo caldero y sólo logra que el agujero empeore. Educaron en el pecado a un gran pueblo insolente y [a su muerte] lo dejaron tras de sí. Para expresarlo con una comparación: arrancaron de un golpe el cántaro de las manos del Papa, pero ellos mismos conservaron en las suyas los fragmentos. Mas según las palabras de Cristo debe ocurrir esto: al que no es fiel en lo poco, tampoco se le confiará lo más; y se le quitará aun lo que piensa tener (Lc 8: 18; 16: 10; 19: 17).

Esos dos, pues, cuyos nombres acabamos de mencionar, tuvieron pronto muchos partidarios, que vieron en su doctrina la verdad. Algunos brindaron su vida por ella, sin dudar en lo más mínimo de que a través de ella hallarían la salvación en Cristo, como se vio en el caso de los dos seminaristas, Johannes y Heinrich, condenados a la hoguera en Bruselas, en los Países Bajos, en el año 1523.

Lo mismo se vio en el caso de Kaspar Tauber, un rico burgués de Viena, Austria, condenado a la hoguera por sus propios conciudadanos, que pereció en el fuego por su fe, en el año 1524.

También tenemos por bienaventurados, según la doctrina de Cristo (Stg 5: 11), a otros no conocidos, porque ellos han padecido y porque han librado una buena lucha. Empero, por hermoso que haya sido el comienzo, pronto se dividieron a causa del sacramento en dos pueblos desalmados, revelando así la nueva Babel. Porque no se ad-

virtió en ellos el menor mejoramiento de la vida; sólo la arrogante conciencia de despreciar a los demás. Comer carne, tomar mujeres, increpar al Papa, a los monjes y a los curas (como sin duda lo merecían) era el máximo servicio que prestaban a Dios. Lutero y sus seguidores enseñaban y opinaban que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo estaba en el pan de la Eucaristía y que a través de ésta se perdonaban los pecados. Zuinglio y los suyos, en cambio, la consideraban como una conmemoración y un recuerdo de la salvación y la gracia de Cristo y no como un sacrificio por los pecados, porque Cristo había consumado ese sacrificio en la cruz. Pero ambos bautizaban infantes y dejaban de lado el verdadero bautismo de Cristo, que trae consigo la cruz, seguían al Papa en el bautismo de infantes, conservaban de él la hez, la levadura y la causa de todo el mal, más aún, la entrada y la puerta al falso cristianismo. Lo hacían a pesar de que se apartaban del Papa en otras cosas y a pesar que éste había dejado de lado las Sagradas Escrituras en lo que se refería a infantes, en la misma medida en que lo había hecho respecto al purgatorio, la misa, la adoración de los santos, las bulas de indulgencias y cosas semejantes.

Ellos [Lutero y Zuinglio] defienden su doctrina que, en realidad, han recibido y aprendido de su padre y cabeza, el Anticristo con la espada, aun cuando saben que las armas de la milicia de los cristianos no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de toda confabulación humana (2 Co 10: 4 ss). De modo que la fe no puede imponerse por la fuerza, sino que es un don de Dios (Ef 2: 8 ss). Y Cristo ha dicho a sus discipulos (Mt 16: 24): "Si alguno quiere venir en pos de mí observad: si alguien desea y está dispuesto, niéguese a si mismo, y tome su cruz y sígame". No ha dicho "la espada"; porque la espada no tiene cabida junto a la cruz; ambas armonizan tanto entre sí como Cristo y Pilatos: se llevan tan bien como el lobo y la oveja en un corral.

Mas como Dios deseaba tener un pueblo suyo, separado de todos los demás pueblos, ha querido hacer asomar nuevamente el lucero del alba de su verdad en todo el esplendor, cuando este mundo ha alcanzado su mejor edad [y lo ha hecho], especialmente en las naciones y países alemanes, para llevar a ellos su Palabra y revelar el fondo de la verdad divina. Para que su sagrada obra fuera conocida por todos y revelada a todos, se inició primero en Suiza, a través de un particular despertar y de una acción especial de Dios, de la siguiente manera: Ocurrió que Ulrico Zuinglio, Conrad Grebel —un noble—¹, y Félix Mantz —los tres, hombres de mucha experiencia y muy versados en alemán,

latín, griego y también en hebreo— se reunieron y comenzaron a discutir sobre asuntos de la fe, y reconocieron que el bautismo de infantes era innecesario y que no podía admitirse como bautismo.

Pero dos de ellos, Conrad y Félix, comprendieron y creyeron en el Señor, que era preciso y forzoso ser debidamente bautizado según el ordenamiento cristiano y según la institución del Señor, puesto que el propio Cristo dice: “El que creyere y fuere bautizado será salvo” (Mc 16: 16). Ulrico Zuinglio (a quien aterrorizaba la cruz, el escarnio y la persecución de Cristo) no quiso [aceptar], alegando que eso provocaría una gran conmoción. Pero los otros dos, Conrad y Félix, dijeron que ése no era motivo para desoír una clara orden de Dios y Su disposición. Mientras tanto ocurrió que llegó hasta ellos un hombre de Coira, un clérigo llamado Jorge Cajakob² conocido por el apodo de Blaurock. Porque en una oportunidad, cuando estaban reunidos discutiendo asuntos de fe, habló aquel Jorge, de apellido Cajakob, para dar también su opinión. Se preguntó entonces quién había hablado. A esa pregunta alguien respondió que había hablado el del hábito azul. Y así se le dio el nombre, por el hábito azul que llevaba. Aquel Jorge concurrió también a causa de su particular celo. Era un sencillo y simple clérigo, como todos lo consideraban. Mas en los asuntos de la fe participó maravillosamente y virilmente en la obra de la verdad.

Él se aproximó primero a Zuinglio y trató y habló mucho con él sobre asuntos de fe; empero no logró nada. Entonces se le dijo que había otros hombres con más celo que Zuinglio. Él buscó con empeño a esos hombres y llegó a ellos, es decir, a Conrad Grebel y a Félix Mantz, y conversó con ellos y expresó su opinión sobre asuntos de fe. Se pusieron de acuerdo en los mismos, y reconocieron y vieron que de la palabra divina y de la prédica se podía adquirir una fe recta, activa en el amor, y que con la fe reconocida y proclamada debía recibirse el verdadero bautismo cristiano (en unión con Dios) con conciencia limpia, para servir desde ese momento a Dios en toda la divina bienaventuranza de una santa vida cristiana y permanecer constante hasta el final, aun en la tribulación.

Y aconteció que estuvieron reunidos hasta que comenzó el temor y los acometió, más aún: penetró en sus corazones. Entonces comenzaron a doblar la rodilla ante el supremo Dios que está en el cielo, y lo invocaron como a alguien que conoce los corazones, y oraron rogando que les permitiera cumplir su divina voluntad y que les mostrara su misericordia. Porque no fueron la carne y la sangre, ni la petulancia, lo que los impulsó; ellos sabían muy bien lo que tendrían que soportar y padecer por esto.

Después de la oración, Jorge Cajakob se puso de pie y rogó a Conrad Grebel que por amor a Dios lo bautizara con el verdadero bautismo cristiano, por su fe y su convicción. Y puesto que se prosternó con ese ruego y ese deseo, Conrad lo bautizó, porque a la sazón no había otro ministro ordenado³ que pudiera cumplir esa función. Cuando eso hubo ocurrido, los demás expresaron también su deseo de que Jorge los bautizara, cosa que él hizo accediendo a su deseo. Y así se consagraron juntos, con gran temor de Dios, al nombre del Señor. Uno confirmó al otro en el servicio del Evangelio y comenzaron a enseñar la fe y a sostenerla. Con eso comenzó la separación del mundo y de sus malas obras.

Pronto se les añadieron otros como Baltasar Hubmaier de Friedberg, Ludwig Hatzler y otros hombres versados en el alemán, el latín, el griego y el hebreo, también conocedores de la Escritura, así como otros predicadores y demás hombres que pronto testimoniaron [su fe] con su propia sangre.

El mencionado Félix Mantz fue ahogado en Zurich⁴ por esa fe verdadera y por el bautismo. Así dio testimonio, con su cuerpo y con su vida, de qué es la verdad.

Más tarde, Wolfgang Ulimann —a quien se condenó a la hoguera en Waldsee, también en Suiza, y murió en el fuego junto con otros diez hermanos y compañeros— testimonió viril y caballerescamente, con su cuerpo y su vida, hasta la muerte, que su fe y su bautismo estaban basados en la verdad divina.

También Melchior Veit, compañero de Jorge Cajakob o Blaurock, fue condenado a muerte y murió en la hoguera, en Ettach, por su fe.

Así se difundió [el movimiento] por la persecución y las muchas tribulaciones. La comunidad se hacía día a día más numerosa y el pueblo del Señor no tardó en acrecentarse. El enemigo de la verdad divina no podía tolerar aquello y utilizó a Zuinglio como instrumento. Éste comenzó también con toda diligencia a escribir y a enseñar desde el púlpito que el bautismo de los creyentes y adultos era error y no debía tolerarse; [lo hizo] contra su propia confesión, antes escrita y predicada por él, de que el bautismo de párvulos no puede probarse ni testimoniarse con ninguna palabra clara de Dios. Empero, como ahora quería agradar más a los hombres y al mundo que a Dios, luchaba contra el verdadero bautismo cristiano e instó a las autoridades a decapitar, haciendo uso de las atribuciones imperiales, a aquellos que estaban verdaderamente consagrados a Dios y que con justa comprensión habían establecido con Dios la alianza de una conciencia recta, calificándolos de rebautizadores⁵.

Por fin llevó las cosas al punto de que se arrojara miserablemente a más de veinte hombres, viudas, mujeres encinta y doncellas juntos en lóbregas torres, para que no vieran más en su vida el sol ni la luna y esperaran su fin a pan y agua, y que se los condenara a permanecer juntos, a morir en las miasmas y la putrefacción, muertos y vivos juntos, hasta que no quedara ninguno. Algunos de ellos permanecieron tres días sin comer un bocado de pan, para que los demás tuvieran alimento.

Pronto se promulgaron también severas ordenanzas por instigación de Zuinglio: si alguien era bautizado en la región de Zurich sería inmediatamente arrojado al agua y ahogado, sin más proceso, sin posibilidad de dar cuenta y sin juicio. En esto se ve de qué espíritu era hijo Zuinglio y lo son aún los suyos.

Pero como la obra que Dios realiza no puede ser reformada, y como el consejo de Dios no está bajo la potestad de ningún humano, los hombres antes mencionados partieron por indicación de Dios a proclamar y predicar la palabra evangélica y el fundamento de la verdad. Jorge Cajakob, se dirigió al condado de Tirol. Mientras tanto Baltasar Hubmaier llegó a Nikolsburg, en Moravia, y comenzó a enseñar y a predicar. El pueblo, por su parte, acogió la doctrina y en poco tiempo se había bautizado mucha gente.

NOTA A LA INTRODUCCIÓN

¹ El escritor de la crónica es Kaspar Braitmichel.

NOTAS AL TEXTO

¹ Conrad Grebel no pertenecía a la nobleza. Su familia era de la alta burguesía de Zurich. Su padre, Jakob, había participado en la administración cantonal.

² Coire o Chur se halla en la Retia, provincia oriental de Suiza. En el idioma romance su apellido Cajakob significa "de la casa de Jakob" y era traducido en alemán *von Hause Jakobs*. Sin embargo, iba a predominar el uso del apodo *Blaurock* (hábito azul) por la razón que el cronista va a aclarar.

³ Los participantes Reublin, Brötli y Simón Stumpf eran sacerdotes y tal vez el mismo Blaurock. Esta aclaración significa, por lo tanto, que no reconocían la autoridad del sacerdote católico.

⁴ La aplicada a Mantz fue la primera pena de muerte sufrida por un anabaptista a manos de un soberano protestante por el delito de anabaptismo. Anteriormente, otros anabaptistas habían sido ejecutados en provincias católicas por profesar el protestantismo.

⁵ La ley del Santo Imperio Romano hizo referencia, para legitimar su condena del anabaptismo, a los precedentes de la Edad pre-medieval en su lucha contra donatistas. Así el "rebautismo" pudo caber dentro de la definición de un crimen ya condenado.